

terminálo vos



TERMINALO VOS



En este relatweet colaboraron:

@ajlopez	@jverbom
@AlbertoNahum	@k4t4
@allendegui	@knopienses
@beaPP	@lamarmar
@billvane	@mlopezremiro
@carlosenriquei	@mmaccio
@catalina_	@mobis
@celestejaviera	@MorgannaF
@danielheras	@paezpaez
@desertewolve	@pepeveron
@dlopezmirantes	@rafaocana
@dvdgmz	@ricardotavio
@gentedeinternet	@sanchez_josemi
@ignacionacho	@sintomatico
@ingenierosocial	@skippy687
@interdigi	@the_J
@jlmejia	@tukoko
@jlori	@vigatl
@jmgomezcuesta	@Yini7
@JulioPTR	

PRÓLOGO

A medio camino entre la narrativa y los juegos se va construyendo el territorio de la hiperficción: el ámbito de los nuevos géneros alumbrado por las sinergias emergentes entre textos, autores y tecnología.

Allendegui nos propuso en Twitter la construcción de un relato colaborativo a modo de un juego, en el que siguiendo la tradición de los cadáveres exquisitos, los autores fueran construyendo una obra a partir de los trazos dejados por los demás.

El resultado ha sido un relato, seguramente surrealista, pero que nos da pistas acerca de las posibilidades y las limitaciones de la llamada inteligencia colectiva aplicada a la creación de ficción.

José Luis Orihuela

Profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, conferenciante y blogger

www.ecuaderno.com

www.twitter.com/jlori

www.jlorihuela.com

INTRODUCCIÓN

El relato que tienes en tus manos es el resultado de una aventura apasionante impulsada desde mi blog “Las Anacrónicas Electrónicas” (www.allendegui.com). Este primer relatweet se compuso con la colaboración de decenas de usuarios de la red social Twitter, hilvanando mensajes de menos de 140 caracteres hasta componer este texto, más o menos coherente, más o menos exquisito.

He aprendido muchas cosas con la experiencia, no sólo de cómo funciona la creación literaria en Twitter sino en general sobre las limitaciones y ventajas de esta herramienta. Aunque no lo concebí como un experimento científico, había una hipótesis clara, y es que se puede crear un relato coherente utilizando Twitter. El resultado así lo demuestra.

Para los aficionados a las estadísticas, os cuento que participaron 39 usuarios de Twitter de al menos siete países: Argentina, Chile, Ecuador, España, México, Perú y Venezuela.

El relato comenzó a escribirse el 29 de noviembre de 2009 a las 11:11 PM y se terminó a las 7:19 PM del 4 de diciembre, y en total se utilizaron 214 *tweets* para completarlo. Quiero dar las gracias a todos los que participaron y/o apoyaron esta idea, y muy especialmente a Andrés García por su aliento a lo largo del proceso.

Allendegui

CAPÍTULO 1

Se despertó sobresaltado, sudoroso entre un hojaldre de sábanas. Extendió la mano y, a tientas, encontró el frasco con su pastilla. Al sentir en su mano el suave tacto de la cápsula, volvió a recordar los hechos que le habían llevado allí. Un barco demasiado viejo, una mujer demasiado joven y la promesa de un trabajo que nunca llegaría.

-Soy un imbécil -pensó- ¿cómo pude creer que eso iba a ser posible, cómo no me di cuenta? Soy un imbécil; Susana tenía razón.

Revivió su conversación con ella tras aquella llamada telefónica.

-Deberías pensarlo más detenidamente-le dijo-.

La luz difusa del cabezal iluminaba su mano sosteniendo la pastilla. Temblaba un poco. Alguien había traído flores. El consejo de ella fue sólo una frase, él ya estaba decidido. La llamada le servía para escuchar esa voz, esa voz tan de ella. Y, efectivamente, se pasó la mañana y la tarde pensando detenidamente. Hasta que se durmió de nuevo.

- Qué sería del mundo sin las pastillas y sus efectos secundarios, pensó. ¿Qué está pasando?, se preguntaba. ¿Alguna vez he experimentado algo parecido a esto? ¿Era real lo que estaba viendo?

Ya no sabía si las preguntas nacían en el mundo real o si todo era parte del sueño agónico -pero nunca mortal- de las drogas. El miedo, anestesiado por momentos, pareció emerger en el estómago, pensó en que se podría volver atrás pero era tarde.

Llegaba la hora de levantarse, acababa de pensar en una nueva composición y quería testarla en su sintetizador. Encendió su *Blackberry* y en *Twitter* anunció que comenzaba una nueva obra que pondría fin a una sequía creativa de varias semanas.

- ¿Alguien responderá? -se preguntó lleno de temores-. ¿Alguien responderá o habrá solo silencio, solo muerte, en la pantalla?

Twitter daba de alguna manera rango de oficialidad pública a su estado, creando un compromiso con sus *followers*, lo necesitaba. Casi setecientos seguidores serían la envidia de esas adolescentes que pueblan la red, ¿pero para el plan?, ¿serían suficientes?

De pronto, comprendió horrorizado que había vuelto a caer en la monomanía que le había llevado hasta las pastillas y la soledad. No sabía a quién recurrir. Tal vez había llegado el momento de enfrentarse a aquel e-mail amenazante que había recibido dos días atrás. Iba a responder ese e-mail cuando llamaron a la puerta. Era un hombre alto, con gabardina, barba y unas gafas de pasta. Un escalofrío recorrió su espalda. No responder al llamado insistente de la

puerta no estaba entre las opciones posibles. Hacía mucho que no sentía miedo. Vio por la cámara de vigilancia, el hombre permanecía acechante, tras la puerta.

Pensó en no abrir. La presencia tras la puerta era real, pero no quería, no podía, el mundo real asustaba. Tembloroso, abrió la puerta.

¿De verdad pensabas que no iba a volver? - dijo con voz pausada.

-¡Fabián! -dijo entre liberado y sorprendido-. ¿Cómo has llegado hasta acá? ¿Quién te dijo...?

-Es fácil seguirte la pista. Al final siempre acabas diciendo dónde dormirás cuando acabas muy borracho.

-¿Estabas en la reunión? No puede ser, si hace años que no sé nada de ti...

-Está bien, siéntate. Pero no te hagas ilusiones: sigo dudando y no se me va el maldito dolor de cabeza. ¿Llamaste al jefe?

-¿Cómo? ¿tú sabes quién es mi jefe? ¿tienes algo que ver con la oferta?-

Fabián sabía mucho más de lo que pensé, de lo que esperé.

-Quiero que te tranquilices. Traigo algo para ti.

Aquel *“traigo algo para ti”* fue como un calmante. Se tranquilizó y se acordó de que estaba esperando algo. ¿Pero qué? Entonces, con el correo de la mañana llegó aquel sobre que había estado esperando toda su vida. Se lo arrebató a Fabián de las manos y lo abrió tan rápido que estuvo a punto de rasgar el contenido del sobre. Pronto reconoció la caligrafía de su madre, aquellos trazos con los que había aprendido a leer. Iba leyendo de forma tranquila mientras una sonrisa que sugería felicidad y miedo a la vez torcía levemente su rostro. Tragó saliva varias veces. Carraspeó porque el efecto de las pastillas le había dejado seco, aunque la imaginación andaba agitada.

“Hijo mío, me cuesta mucho creer lo que me han dicho sobre ti y espero de corazón que sea falso”.

Cerró los ojos. Sentía la humedad y el frío en sus manos, pero el calor ahogaba su pecho. Respiró profundamente y siguió leyendo. Las palabras de su madre dolían más que la enfermedad que le iba machacando poco a poco.

“En el pueblo nadie sabe a qué te dedicas. Algunos aseguran que saliste en televisión vestido de Astroboy en un centro comercial”.

- ¡Bobadas! la gente no sabe de lo que habla, ni mi madre es consciente de lo que escribe.

Intentó dejar de leer pero sabía que Susana estaba llegando. “Esta vez no habrá segunda oportunidad”. Debía volver. Estaba claro. Era una herida abierta que había que cerrar. El día que tanto esperaba había llegado. Hizo la maleta más pequeña que encontró en la casa y la apoyó cuidadosamente sobre la cómoda del dormitorio antes de acostarse. Intentaba dormir, pero lo que hasta hace poco era su mayor deseo, ahora lo veía como un agujero negro. Estaba asustado. Y nunca antes había mirado así al otro lado de la Luna. Sonó una sirena. Se acercó a la cómoda y se encendió el último pitillo.

El chasquido del mechero le hizo recordar que Fabián todavía estaba en el umbral de la puerta. Respiró profundamente, le miró y dijo: “Está bien, volveré a casa” Y según lo decía, ya se había arrepentido, pero ya estaba dicho, y no sabía cómo hacerle entender que en realidad ambos deberían arrepentirse por ello. Forcejearon con la mirada, ambos sabían que la palabra clave no había salido todavía. Una palabra que había permanecido en silencio por demasiados años. Tomó sus gafas de sol para acabar con la brega y suspiró.

Pero de repente, como volviendo de otra vida, se dio cuenta de que estaba divagando. El sol caía vertical por la claraboya. No había ningún Fabián en la puerta, ni tampoco una carta de su madre y tampoco había encendido un cigarrillo. Eran las pastillas. Y una vez más, solo, como tantos otros días, se recostó sobre su almohada de pluma y se quedó dormido.

CAPÍTULO 2

Casi furtivamente, sonó la alarma de su reloj despertador. Se despertó de un sobresalto. No recordaba para qué la había puesto. Un relámpago de inspiración le refrescó la memoria. Tenía una entrevista de trabajo en 20 minutos. No tenía muchas esperanzas, el horno no estaba para bollos y era la décima que hacía en un mes, sin resultados. Durante 10 minutos anduvo dudando entre ir con corbata o no. Finalmente la metió en el bolsillo de la chaqueta y decidiría luego.

Salió de casa con un extraño cosquilleo en el estómago y con la certeza de que esta vez sí le darían el trabajo. Algo intuyó en el camino. Vio que el cielo era perfecto, y mientras ajustaba su corbata, ajustaba su suerte: era la hora de romper con esa mala racha. Se encendió el último cigarro y lanzó el paquete a una papelera a dos metros. Sonrió al escuchar los acordes de una vieja canción de los Rolling, justo cuando una chica le aplaudía la canasta con la mirada. Y es que se había enfundado en un envoltorio de confianza que desbordaba cualquier atisbo de fracaso.

Entonces sintió como si tuviese que decidir entre dejarse caer al vacío o aferrarse a ella. Aunque en el fondo sabía que era lo mismo. Un rubor tremendo e inoportuno la invadió. Suspiró y empezó su exposición con la voz más trémula de lo que hubiese deseado. Ella le insistió en que usara la corbata. Él prefería camisa desabrochada. La charla era pretexto para tenerse cerca uno a

otro. Los minutos pasaron. Se saludaron con un “hasta luego” y él partió a la entrevista. Esta vez no podía fallar.

Le sudaban todos los poros de la piel, su corazón andaba a mil, y por fin lo vio, su “examinador”, un empresario trajeado.

- Siéntese, por favor.

- Muchas gracias, disculpe que llegara cinco minutos tarde, pero tuve una mala noche.

Recordó su noche y decidió callarse. Tras varios segundos le preguntó su examinador:

- ¿Por qué cree usted que es el indicado?

- ¿El indicado?, se quedó clavado, pensando en la pregunta. Sabía que no era “el indicado”, pero tenía que conseguir aquel trabajo. Recordó alguna noción de psicología “¿el indicado?, pienso que este trabajo se ajusta a mis ansias de superación, ¿se ajusta?”

Escupió un “sí” sin darse cuenta, repasando mentalmente las veces en las que debió ser la persona indicada y no lo fue.

- Sí, sí, lo soy. Creo que no va a encontrar a nadie mejor que yo para este trabajo.

Suspiró profundamente. Sabía que mentía, pero lo importante era conseguir el puesto. Ese puesto. Respiró aliviado al cabo de 40 minutos.

- “Es suyo”.

Oyó más palabras, hubo alguna sonrisa nerviosa y ese tic de la ceja. “Malditas pastillas, ¿dónde estarán?”

Cruzando la puerta, no lo creía. ¿Cuántas mentiras pueden crear una verdad? se preguntó. Se desajustó la corbata y fue a buscar a Susana. Por primera vez iba a tener un trabajo estable, el puente que siempre le había faltado en su relación con ella. ¡Que iluso! Pensar que un trabajo podría darle la estabilidad a su vida. Sabía que no era cierto, pero quería creer. La excitación por su repentina suerte le generó una enorme ansiedad y pensó que necesitaba un cigarrillo. Se dio cuenta de que no tenía cigarrillos, entró en un bar a comprar y pensó: Un trago no hará nada, sólo uno. Era lo mismo que se decía siempre que veía un bar... Sólo uno, y nunca era uno. Ahora, con su nuevo trabajo, sintió la fuerza que no había tenido antes y pasó de largo para reencontrarse con Susana y contarle la buena noticia.

Después de tantos engaños, pensó, era ella la que siempre estaba ahí, con esa mirada pacífica, aguantando su miseria. Se perdió en sus ojos y sólo trataba de recordar cómo fue que llegó a convertirse en algo indeseado para él mismo. Cuántas páginas emborronadas, cuántos puzzles sin

acabar, cuántos viajes en proyecto... No, se dijo, basta ya. Al fin y al cabo tenía un trabajo , no sería muy feliz, pero era un comienzo. Algo le hizo pensar en su padre.

Contaba 36 años. Los últimos 20 eran una secuencia perfecta de errores. ¿Es posible cambiarlo todo?, se preguntó. Sí, posiblemente sí, pensó abriendo la puerta.

-¡Susana! -gritó-, ¡lo conseguí! -pero nadie respondió.

Entonces vio la nota sobre la mesa. Por un momento se mantuvo inmóvil, un escalofrío recorrió su espalda. Todo se puso borroso de repente, pensó que gritaba, pero sólo fue un pensamiento, estaba paralizado, pero su cabeza parecía trabajar a una velocidad inusitada. Incapaz de sostenerse en pie, se dejó caer. Quiso dejar su mente en blanco pero le era imposible. Los pensamientos e imágenes se sucedían sin parar en su cabeza.

Se levantó del suelo, enderezó su cuerpo y caminó hacia la mesa arrastrando los pies. No quería leer la nota de Susana, pero temía que si no la leía, nunca más iba a llegar a leerla y todo por lo que había luchado, todo lo que había soñado, se perdería. Cualquiera otro día no la hubiera leído. Simplemente hubiera hecho una bola con ella para tirarla. Pero hoy era distinto. Hoy era un “día definitivo”, de esos de los que le habló su maestro en la escuela. Así que la leería, era su letra. Le hacía recordar tantas cosas vividas. Cómo deseaba vivir muchas otras también junto a ella.

La nota empezaba así: “Cuando todo esto termine comprenderás por qué me alejo. Sabes que siempre te he dicho la verdad, al menos siempre he tratado de hacerlo, y ahora no quiero defraudarte”. Cuando terminó la nota buscó las pastillas. Antes de tomar la primera se frenó. Las tiró sobre la mesa y decidió salir a caminar.

CAPÍTULO 3

El aire y el bullicio de la calle le hicieron olvidar la nota de Susana. Además, el no haber tomado esas pastillas le hacía sentirse dueño de su destino. Y eso no le pasaba desde su adolescencia. Su primera novia. Su primer pelota. Su primer beso. Todo ya tan lejano. Ahora ya tenía un trabajo, una misión.

Seguía caminando, detallaba rostros, gestos, trataba de descifrar en ellos algún mensaje, necesitaba un cambio. Pero la que había decidido cambiar era Susana. Lo dejaba. Sin más. Diciendo que era mejor así. Pero él no pensaba dejarlo así, la iría a buscar. La tenía que encontrar y luego le diría la verdad.

Y de pronto, quedó en blanco ¿qué le diría?. No importa -pensó- mientras enfilaba sus pasos a casa de Amanda, la sempiterna amiga de Susana. No podía estar en otro lado. Divisó la casa de Amanda desde unos 100 metros. Se abrió la puerta y vio a Amanda y Susana despidiéndose con un beso en la boca que pondría los bellos de punta a cualquier adolescente asiduo usuario de porno lésbico. No quiso mirar más. Esa imagen quedaría grabada en sus retinas. Giró y volvió a su mundo. Necesitaba sus pastillas.

- ¿Será que justo hoy que he encontrado lo que tanto andaba buscando, pierda a la mujer que tanto amo?

Se odió a sí mismo, mientras evocaba los recuerdos de una amistad de su infancia vivida a orillas del mar. Ese mar que no veía desde el verano pasado y que tantas veces lo había salvado de naufragar en sus penas. Pensó en prender un cigarrillo, pero la escena le pareció tan común que se sintió patético mirándose desde fuera. Caminó por la orilla huyendo de su propio patetismo, intentando que no fuera su sombra, intentando que el mar lo salvara una vez más. Estaba enfurecido, tal y como estaba el mar el día que decidió irse de casa. Anocheció e intentó caminar sin rumbo, dirección, hasta que se dio cuenta de que al día siguiente empezaba en su nuevo trabajo y tendría que estar fresco.

Así que volvió a su casa, entró en la fría habitación, se enfundó en la sábana y se durmió. Esa noche no quería soñar. Pero Susana vino a visitarlo en sueños, tan reales, que despertó sintiéndose la mitad de lo que, hasta esa nota, había sido. Tenía que hacer algo y lo tenía que hacer ya. No importaba que mañana tuviese que ir a trabajar, no importaba nada más. Así que entró en su sueño y decidió enfrentarse a Susana y decirle lo que nunca se había atrevido en la vida real.

CAPÍTULO 4

Estaba hartó de este tremendo bucle sin fin en que se había convertido su vida. Por fin se sintió preparado para ello. Llevaba puesta una camisa que ella había insistido en comprarle el día que le derramó café mientras discutían. Su sueño parecía una película carcomida con partecitas mudas que intentaban disimular la tensión, entonces la vio de espaldas, como en un déja vu la tomó por el hombro, la giró. Se miraron. No quiso saludarla, sólo quería comenzar a hablar. Pero las palabras no salían de su boca. Buscó en su corazón y las encontró enredadas, y en su cabeza no encontró las adecuadas.

Decidió entonces improvisar. Que lo que dijese fuese elección del azar, le pareció lo más sincero. Sin embargo, cuando sus palabras comenzaban a brotar de su boca, cuando comenzaba a decir “te amo” un ruido apareció en la penumbra que era su habitación y así, como en muchos sueños pasados, se dio cuenta que aquello no era real.

Entendió entonces que no era necesario hablar. Lo mejor era callar, volver a la realidad. Lo de Susana era un capítulo ya cerrado. Sonrió con lástima ¿en qué momento el mañana se convierte en ayer? Pensó que, como siempre, con ella tampoco hubo un presente. Pensó que le gustaría que el suyo fuera sólo un problema de conjugación de tiempos verbales y no de conjugación de tiempos vitales. Pero parecía que estaba genéticamente programado para que no fuera de otra forma.

Al cabo de unas horas volvió a la realidad. Despertó tranquilo, sabiendo que había cerrado una pesada puerta en su vida. Su día, que apenas comenzaba aunque el reloj marcara las 13, tenía un objetivo claro: Su primer día en su nuevo trabajo. Y llegaba tarde.

¿Qué impresión iba a dar? La vergüenza le hizo ocultarse bajo las mantas: ¿Y si no iba al trabajo? Una ducha despejó sus dudas. Encorbatado, salió de casa. Y en el ascensor recordó a Eliot: Tiempo presente y tiempo pasado se hallan quizá presentes en el tiempo futuro. Lo que pudo haber sido y lo que fue apuntan a un solo fin, que está siempre presente.

Lo que no esperaba es que ese día, ese día tan diferente y tan común, sería, al fin, el último de su vida.

Otra vez en la calle, deambulando. De no ser por la corbata y el traje que llevaba puesto, todo parecería la misma caricatura de todos los días. Sonó su teléfono móvil. Era su nuevo jefe.

- ¿Piensas venir a trabajar?

No era posible, ¡se había dormido y llegaba tarde!

- Anda que menuda forma de empezar el primer día. ¡Taxi!

Ya dentro, el taxista introdujo el nombre de la calle en su navegador.

-Oiga, esta dirección no pertenece a esta ciudad.

- ¿Cómo que no pertenece a esta ciudad? Yo mismo fui ayer a la entrevista de trabajo, y me lo dieron, y...

-Bueno, yo no sé usted, pero este lugar no queda en la ciudad -le dijo ya molesto el taxista -
pero... si gusta lo llevo a su destino.

- Creo que le he dado mal la dirección, ahora sí.

Llegó a la oficina, pero se detuvo en la entrada pensando que hubiese pagado lo que fuera a ese taxista si lo llevaba realmente a su destino, y no solo a su trabajo. Pensó dejar el trabajo y correr tras su destino... si supiera cuál era. Pero, ¿realmente no lo sabía o sólo se resistía a él?

Se resistía a él, lo sabía. Pero no era capaz de admitirlo frente a nadie y menos ante él mismo. Había dejado muchas cosas atrás. Por un momento le tentó ir a la dirección errónea que le había dado al taxista. Quizás el destino le tenía algo preparado. Nunca había sabido cuál debía ser su rumbo en la vida. Quizás no era un error casual sino un guiño del destino que le estaba sirviendo en bandeja su futuro vital.

-No me voy a bajar... lléveme a la primera dirección.

- ¿Está seguro? - le preguntó el taxista.

Y ahí estaba de nuevo la vida haciéndole ese tipo de preguntas que detestaba. ¿Seguro? No, no estaba seguro. Pero decidió huir hacia adelante.

- Sí, estoy seguro, lléveme, por favor.

- Si así gusta, pero le saldrá más caro -le dijo el taxista.

El solo asintió, aunque la duda lo carcomía. Las paradojas del destino nunca terminaban. Se sonrió al pensar que quizás lo que le saldría caro no sería el pasaje sino el periplo en el que se había embarcado. Tres horas más tarde, el absurdo viaje en taxi le pareció premonitorio.

Armado con un abrecartas, escondido en un despacho que muy pronto sería registrado, supo que no tenía escapatoria.

- ¡Sin escapatoria!, gritó desesperado, sudoroso.

Se había quedado dormido en el taxi y era el principio de un sueño.

- Tranquílcese señor, estaba teniendo en una pesadilla. Sigue en mi taxi. Ya nos quedan pocos kilómetros, le dijo el taxista.

Un sueño, solo eso era. A veces le asombraba cómo los sueños se podían fundir con la realidad. Pero de lo que estaba seguro es que ahora iría tras un sueño, uno que se convertiría en realidad. Esa dirección lo iba a llevar a un lugar importante.

-Hemos llegado, amigo -la voz del taxista le trajo de vuelta-.

-¿Un embarcadero? -miró atónito por la ventanilla.

-Así es. El 17 debe ser aquel viejo barco de allí -hizo un ademán con la cabeza. Le pagó y bajó.

Las maderas del muelle crujían bajo sus pies, y sólo se escuchaba el ruido de la brisa y el bamboleo de los barcos meciéndose sobre las olas. Había un fuerte olor a salitre. Una gaviota en vuelo rasante estuvo a punto de golpearle. La pudo esquivar con un acto reflejo que estuvo a punto de desequilibrarle y tirarle al mar.

- No sé qué estoy haciendo aquí, se dijo contrariado, mientras avanzaba hacia el barco con el número 17.

Había una pasarela colocada entre el embarcadero y el viejo barco. No había vuelta atrás. Siguió caminando.

CAPÍTULO 5

Al pisar el barco vio una silueta deslizándose suavemente, confundiéndose entre sombras. Callado, caminó hacia ella intentando no tropezar, disimulando la fragilidad que sentía, ahogando la ansiedad de aquel momento.

Suspiró varias veces. Paso tras paso imaginaba posibles diálogos. De pronto estuvo cerca de la silueta, podía tocarla, podía olerla e incluso saborearla. Era ella; no podía ser cierto. ¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando había decidido cerrar aquel pasaje de su vida? ¿Es que acaso el destino estaba empeinado en llevarlo siempre al mismo lugar?.

Estaba hartó. Si el destino lo había llevado hasta ahí, en ese puerto terminaría todo. Tenía una blusa con flores azules y estaba más bonita que nunca.

-¿Susana? -la voz fue apenas un murmullo. Ella ni le miró. Sentada en el borde de la cama, miraba con expresión preocupante, el cuerpo temblaba bajo las sábanas, febril. Miró sobre su hombro para ver de quién se trataba, y entonces comprendió. Se vio delirando bajo sus cuidados.

- ¿Seguirá a mi espera? No lo sé, tampoco espero que lo haga, pues mis esperanzas están mermadas, sólo espero que sea feliz, ha destruido mis recuerdos. No siento; sólo pruebo el

amargo sabor de la muerte. Deseo volver, el mundo no es para ángeles.

El no entendía nada de lo que Susana estaba diciendo. Parecía con fiebre y no entendía esas frases crípticas, pero en esa situación tan onírica se le iluminó la mente y se dio cuenta de que era la oportunidad de quedarse con ella para siempre, de cuidarla, de darle el amor que nunca le había podido dar. Así que salió a la cubierta del barco y soltó amarras, sin saber a dónde le llevaría ese viaje. Se iba con Susana y eso era de lo único que estaba seguro, seguro de que era lo indicado. Se dio cuenta de que también había soltado las amarras de su miedo y que, aunque éste seguía revoloteando a su alrededor, él tenía que seguir caminando. la historia tenía que terminar.

La brisa silbaba algo que sonaba a libertad. La costa, cada vez más distante, le sugería que su anterior vida había concluido. Posiblemente perdería el trabajo, había que empezar de nuevo, pero a esas alturas entre el mar y Susana todo el panorama se le despejaba. Se acordó de la nota de Susana, del beso con Amanda y prefirió pensar que todo había sido un efecto secundario de sus pastillas y que ante sí tenía la aventura de su vida. Susana y él solos en el mar.

Entonces sacó sus pastillas, las trituró y dejó que el viento se las llevara de las manos, cuando oyó a Susana que gritaba su nombre. Bajó al camarote. Tomó la mano de Susana, le clavó la mirada en los ojos y con un hilo de voz dijo:

- Nunca más nos separaremos, Susana.

No había terminado la frase cuando se escuchó un estrepitoso golpe. El barco se estremeció como si se hubiera partido. Subió rápidamente a la cubierta, jadeante. Sentía que sus pulmones se quedaban secos. La quilla del barco se había estrellado contra una plataforma petrolera. Se había abierto una vía en el casco y la bodega se estaba llenando de agua. Bajó al camarote y alertó a Susana.

Él se atropelló en sus explicaciones. Ella respondió sonriendo:

- Siempre odié la historia de Titanic y me resisto a replicarla, completó mientras lo tomaba de la mano con fuerza, y lo llevaba nuevamente a cubierta. Tras su espalda alcanzó a ver el camarote inundado y a ella tumbada en la cama abrazada a él. Y es que a Susana nunca le costó tomar decisiones. El le dijo:

- No nos separarán nunca - como presintiendo un final, un final que ni él podía imaginar, final que ni las pastillas, ni la abstinencia, ni su carga de conciencia, y el deseo de que todo acabe, de que todo mejore podía elaborar.

Y así, de la nada, en medio de esa situación extrema, se escucharon unas carcajadas. Procedían de uno de los camarotes del barco, que seguía yéndose a pique. Agarró a Sonia de la mano y se dirigieron hacia la puerta. Seguían escuchándose risas estridentes. Tocaron a la puerta y múltiples voces al unísono dijeron:

- Adelanteee.

Se miraron con incredulidad y entraron en el camarote. Había decenas de personas mirando la pantalla de una computadora. Estaban *tuiteando*.

- Sonia, no puede ser, no puedo creerlo.

En la pantalla pudieron leer los tweets de su historia. Miró a Susana incrédulo; aún no podía creer lo que estaba viendo. ¿Qué broma era aquella? Se sentían como marionetas en manos de internautas caprichosos que los llevaron por vericuetos insospechados, situaciones extremas que los colocaron al borde del abismo.

Una ola inmensa, con toda la furia posible , dio de pleno en el barco moribundo. Agarrado a la mano amada y con el agua al cuello vio cómo todo ese mundo virtual y real se ahogaba con ellos. Todo se hundió engullido por mar. Se hizo la calma. Se escuchó el graznido de una gaviota. Y de la superficie emergió la pantalla del ordenador, todavía encendida, y un *tweet* escrito: “terminalo vos”.



MorgannaF Interesante y divertida la experiencia; algo caótica :) Magnífico final. Sugerencia para título: Efectos secundarios on line. **#relatweet**

1 day ago from web



billvane Fascinante la experiencia. Felicito a todos los que colaboraron. Muy buen final, me he reído. Lástima que no estuve en el remate **#relatweet**

1 day ago from web



Mmaccio Excelente experiencia, aunque me perdi el final por estudiar ingles. Titulo: Marionetas de Twitter (?) **#relatweet**

2 days ago from TweetDeck



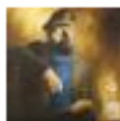
jlmeja Interesante, caótico, vertiginoso, casi un "cadáver exquisito" surrealista. Los diferentes horarios dificultan el seguimiento. **#relatweet**

2 days ago from UberTwitter



lamarmar @allendegui la experiencia para mi fue re estimulante, a pesar o, por lo acotado de las frases , MUY BUENA IDEA **#relatweet**

2 days ago from web



CAP_AURELIANO Por favor inicien un nuevo **#relatweet**

2 days ago from Power Twitter